

Contenido

Presentación	9
Capítulo 1: Infancia y vocación	11
Capítulo 2: El Seminario. Mundo, demonio y carne.....	26
Capítulo 3: El servicio militar obligatorio	34
Capítulo 4: Los excesos de la virtud.....	40
Capítulo 5: Vida de familia	47
Capítulo 6: El pecado de la soberbia. Con los enfermos y los presos	50
Capítulo 7: Del diaconado a la ordenación sacerdotal	55
Capítulo 8: Pío X y el problema del modernismo	64
Capítulo 9: La Primera Guerra Mundial	71
Capítulo 10: La ladera sagrada	76
Capítulo 11: Bulgaria.....	87
Capítulo 12: Misión en Turquía. La Segunda Guerra Mundial	95
Capítulo 13: Pío XII. Nuncio en París	113
Capítulo 14: Patriarca en Venecia	126
Capítulo 15: El Cónclave. Elegido Papa.....	131
Epílogo.....	147
Bibliografía	148
Cronología.....	149

Presentación

Cuando a Juan XXIII le comunicaron que su fin estaba próximo sintió una gran paz interior, acompañada de un movimiento de agradecimiento a Dios, no por haber llegado a ser Papa, sino por haberle concedido una disposición natural a querer a la gente.

Juan XXIII sigue siendo considerado el Papa del Concilio por la gran trascendencia que el Vaticano II ha tenido en la vida de la Iglesia contemporánea y, lo que es más importante todavía, en la del futuro; pero cuando le llega la hora de la verdad, la de su tránsito definitivo, por su mente no desfilan los acontecimientos de los que fue protagonista –delegado apostólico en Bulgaria, Turquía, Grecia, nuncio en París, patriarca de Venecia, Papa...– sino las personas a las que quiso, porque confía que se le abrirán las puertas del Cielo, no por lo que hizo, sino por lo que amó. Y eso que, como cuenta en su Diario, no siempre le resultaba fácil amar a todo el mundo.

Por su tumba, recientemente emplazada junto a la de san Pedro, en la Basílica del Vaticano, desfilan cada día cientos, miles de personas, peregrinos del mundo entero, no todos católicos, muchos de los cuales saben muy poco, o nada, de su figura histórica, del papel que le tocó jugar en la renovación de la Iglesia; sólo saben que allí descansan los restos de un hombre muy santo que, en vida, habría sido capaz de entender los problemas de cada uno de ellos. Y que, ahora, desde el Cielo, procurará resolvérselos.

Con este libro he pretendido descolgar a Juan XXIII de la Historia, con mayúscula, para acercar su formidable humanidad al común de los mortales, sin olvidar que si su humanidad fue formidable es porque era muy santo.

Angelo Roncalli, Juan XXIII, era muy aficionado a la escritura. Con quince años comenzó a redactar su Diario del alma, que comprende varios cientos de páginas que permiten reconstruir su vida espiritual y humana. Siendo ya Papa siguió escribiendo, personalmente, cartas a sus hermanos y otros familiares e, incluso, su propio testamento espiritual. Como confiesa en el citado Diario le encantaba escribir a máquina y no disimula la ilusión que le hace estrenar una «sólo para mí».

Quizá, si hubiera dispuesto de tiempo, le hubiera gustado escribir su propia vida desde la última vuelta del camino, pero como eso no fue posible, quien suscribe, después de sumergirse en la vida de Angelo Roncalli, se ha tomado la licencia de convertirse en su amanuense y reconstruir su peripecia humana y espiritual con la perspectiva que dan los años transcurridos desde su fallecimiento.

Comprendo que es una osadía, pero si Juan XXIII tuvo fama de no haberse enfadado con nadie durante su paso por la tierra, no se va a enfadar desde su actual visión beatífica, con quien sólo pretende hacer llegar al mayor número de gente posible la prodigiosa aventura de quien nació con vocación de cura de aldea y terminó siendo Papa.

Capítulo 1: Infancia y vocación

Ayer mi secretario Loris Capovilla, conforme teníamos convenido, me comunicó que mi fin está próximo a juicio del doctor Mazzoni.

Cuando yo era secretario de Radini Tedeschi, mi obispo, me hizo prometerle que con prudente antelación le avisaría cuando llegara el momento, por ser el mayor favor que se le puede hacer a un cristiano. Yo he hecho otro tanto con mi secretario.

Le he dado las gracias y, para tranquilizarle, le he dicho que no se preocupe porque hace tiempo que tengo las maletas preparadas. Esto no le ha extrañado a Loris, pues me tiene en gran estima, en más de la que merezco, y no duda que he de ir al Cielo. Como yo no tengo tan buen concepto de mí, me he puesto a discurrir sobre mi vida pasada, consciente de que se agotan mis días en este mundo, y que debo aprovechar el tiempo que Dios tenga a bien concederme.

Por eso he comenzado por matizar mi afirmación sobre lo de las maletas preparadas, y le he confesado a Loris:

–Quiero decir que por muy pecador que haya sido, estoy seguro de que Dios no me rechazará.

Loris Capovilla, en los diez años que lleva conmigo, siempre se ha mostrado muy comedido y respetuoso en mi presencia, pero en esta ocasión no ha podido dominar la emoción, y ha caído de rodillas y llorado, ocultando su rostro contra la colcha del lecho en el que me encuentro postrado. He procurado consolarle y le he rogado que me ayude a bien morir.

Llevo un año soportando un carcinoma, que me corroe por dentro, pero que no me ha impedido seguir atendiendo a mis principales obligaciones. Siempre he temido el dolor físico y recuerdo que en el Seminario, cuando me amenazaba el dolor de muelas me parecía la mayor de las desgracias y, sin embargo, ahora, cuando ha llegado de verdad he sentido un gran consuelo. Una de las primeras veces se manifestó cuando me estaba revistiendo para celebrar la Santa Misa, en forma de un fuego que me quemaba las entrañas y como no pude evitar un

gesto de dolor, mi secretario me preguntó si me encontraba mal.

–Como san Lorenzo en la parrilla –fue mi sincera respuesta.

Cuando me di cuenta de que ése era el dolor tan temido, y que podía soportarlo, sentí un gran consuelo, y me avergoncé por haber dudado de la misericordia de Dios.

Cuando Loris me ha comunicado la noticia he comenzado a ver alineadas, al fondo de la habitación, en disposición de recibirme en un lugar luminoso, a tantas personas queridas a lo largo de mi ya larga vida, que me han parecido multitud porque, sin mérito alguno por mi parte, el Señor me ha concedido una disposición natural a querer a la gente. Por eso me tildan de ser el «Papa bueno», expresión que ni me parece justa, ni me acaba de agradar. Tan sólo hace un par de meses reprendía por este motivo a mi querido Capovilla, con ocasión de una visita que, en mi condición de obispo de Roma, hice a la parroquia de Santa María de Goretti, en el barrio de Nomentano.

–Gente de izquierda, con escasa práctica religiosa –me advirtió Loris con su mejor intención.

–Me molesta que tú me recuerdes eso –le advertí–. ¿Temes, acaso, que por considerarme bonachón, vayan a entender que cada uno pueda comportarse como le plazca?

Loris se deshizo en disculpas, y yo le razoné que había sido creado de una determinada manera, y no podía presentarme con una fusta en la mano, porque no lo sabría hacer.

Pero luego le agradecí su observación, pues cuando me encontré en Santa María de Goretti, con el templo atestado de un público sencillo, me atreví a improvisar y les interpele: «¿Creéis que el Papa es bueno?» Hubo movimientos de asentimiento entre mis diocesanos, y yo les hice ver que nunca somos lo suficientemente buenos, y que no olvidaran que yo, al igual que Moisés, venía a ellos con los brazos alzados, para mostrarles en una mano el Decálogo, y en la otra el Evangelio. Y que si nos salíamos del camino señalado por esos dos mojones estábamos perdidos.

Ya en el coche, de vuelta al Vaticano, como viera que mi secretario iba muy callado, me justifiqué:

–Lo he hecho lo mejor que he podido, y espero que hayan comprendido que la justicia de Dios está por encima de la bondad o maldad de su vicario en la tierra.

No me gusta que me atribuyan fama de bonachón, pero tampoco quiero dejar una mala imagen de mi persona, cuando actuó como vicario de Cristo.

–A estos hijos no los veré más –le expliqué a Loris– y no quiero que me recuerden como un padre descontento y regañón.

Esto lo entendió mi secretario y me besó la mano con una devoción que me parece excesiva.

Tengo fama de bondadoso y, sin embargo, soy muy comedido en las manifestaciones de cariño. Debe de ser una condición propia de los de Sotto il Monte, porque a mi padre lo recuerdo igual. Nos quería a todos profundamente y, sin embargo, apenas nos besaba. No recuerdo haberle visto besar nunca a mi madre.

En este punto me viene a la memoria lo sucedido en la Capilla Sixtina en el primer acto de homenaje, que me rindieron los cardenales al ser nombrado Papa. Uno tras otro, de rodillas, me besaron los pies, luego la mano, y por último intercambiamos un abrazo. Al terminar el acto, advertí:

–Mañana no quiero besos en los pies.

Mi secretario se alarmó, y me recomendó que dejara el protocolo como estaba, y que tiempo habría de cambiarlo. Pero fui terminante y le dije que el rito del beso en los pies se había terminado. No creo que estas decisiones obedezcan a mociones del Espíritu Santo, sino a la circunstancia de haber nacido en un pequeño pueblo de la región de Bérgamo y haber sido educado en un ambiente de austeridad, que tanto me ha ayudado a lo largo de la vida.

Le he pedido a Loris que me ayude a bien morir, y le he dicho que me faltaba por rezar una parte del Rosario, la de los Misterios Dolorosos, tan apropiados para la situación en la que me encuentro. Ha comenzado a desgranarlos, y yo he procurado seguirle evitando distraerme.

En mi primer año de Seminario le prometí a nuestra Madre del Cielo que rezaría todos los días las tres partes del Santo Ro-

sario, y no siempre lo he conseguido. En ocasiones lo he dejado para última hora, y me ha sorprendido el sueño con el rosario entre las manos; y lo que en ningún caso he podido evitar han sido las distracciones, aunque me consuela el convencimiento de que el peor Rosario es el que no se reza.

En esta ocasión las distracciones me han llevado al recuerdo de los seres queridos que se alinean al fondo de la habitación, en el lugar luminoso, como esperándome: mis padres, mi tío Zaverio, que se ocupó de que me bautizaran el mismo día de mi nacimiento, mis queridos hermanos, sobre todo Ancilla y María, que me han dedicado los mejores años de su vida, don Rebuzzini, mi párroco de Sotto el Monte, a quien siempre he considerado guardián de mi vocación...

En el Seminario era frecuente que se comentara entre los compañeros el misterio de la vocación al sacerdocio, y yo nunca pude dar una explicación satisfactoria de la mía. En una ocasión me lo preguntó el prefecto de Estudios, y hube de responderle con toda sinceridad:

—No alcanzo a recordar un tiempo en el que no estuviera decidido a ser sacerdote.

No sólo yo estaba convencido, desde siempre, que sería sacerdote, sino que ése era el sentir general de los que me rodeaban. En una ocasión hablé de ello con mi prima Camilla, un poco mayor que yo, y me dijo: «Eso ya lo sabemos todos», como si fuera lo más natural del mundo que un chico que estaba por cumplir los diez años tuviera tan claro camino tan arduo. Quien se mostraba más cauto era mi párroco, que, un día especialmente caluroso del mes de agosto, me dijo:

—No te hagas cura, Angelo. Mira cómo nos oprime el alzacuellos, y lo que nos hace sudar.

Y ya, más en serio, me hizo ver que era demasiado niño para estar seguro de lo que el Señor esperaba de mí.

Pero cuando notó que me reafirmaba en mis intenciones, se cuidó de buscarme un profesor de latín para que pudiera entrar en el Seminario.

El, junto con mi obispo Tedeschi, han sido como dos faros en mi vida sacerdotal. El padre Francesco Rebuzzini era un hombre culto, que había aceptado de buen grado su condición de cura rural, entregado con alma y vida a su modesta feligre-

sía. En más de una ocasión, cuando hube de moverme en el complejo mundo de la diplomacia, me acordaba de él, y pensaba que también me hubiera gustado ser un sencillo cura rural. ¿Tentaciones del demonio?

Esas tentaciones nunca han podido contra mi vocación sacerdotal, ni tan siquiera cuando don Pietro Bolis, párroco de Cervino, comenzó a instruirme a bofetadas en el manejo del latín para poder ingresar en el Seminario. Don Pietro era un sacerdote solemne, de buena estatura, y con unas manos notables por su tamaño, de las que se servía para enseñar latín, convencido como estaba de que la letra con sangre entra. En la primera ocasión que confundí un genitivo con un acusativo, me propinó un bofetón, y se admiró de que no pudiera evitar que se me saltaran las lágrimas.

—¿Cómo así? —me reprendió—. ¿Lloras cuando te castigo por tu bien? Deberías llorar por no haber puesto la debida atención cuando te explico la lección.

En la vida rural de Sotto il Monte no era inusual el castigo físico, excepto en nuestra familia, porque quien hacía cabeza de ella, tío Zaverio, no lo consentía; era el único soltero de todos los hermanos Roncalli, muy entregado a la vida de piedad y a la lectura de las Sagradas Escrituras, y sostenía que Jesús sólo había tomado el zurriago para expulsar a los mercaderes del templo, por ladrones, y que no habiendo robo por medio ningún derecho había a infligir esa clase de castigo. Y conmigo tuvo ocasión de poner por obra ese principio.

Un día de verano, especialmente caluroso, robé una sandía de un huerto vecino para comérmela a escondidas. Una sandía en sazón era algo muy apreciado en aquellos tiempos, pues si bien en casa no pasábamos hambre gracias a la diligencia de mi padre, la comida andaba muy justa y siempre era igual. Todos los días comíamos gachas de harina de maíz y, sólo por Navidad y Pascua de Resurrección, tortas de dulce que mi madre horneaba con leña de sarmiento; en el otoño también comíamos uvas, por ser tierra de viñedos, pero con mesura por estar destinadas al lagar.

Por eso, con malicia, aprovechando la hora de más calor del día, la de la siesta, en la que el pueblo dormía, hurté la sandía y me disponía a comérmela a la sombra de una higuera muy frondosa, cuando me sorprendió tío Zaverio, seco y anguloso,

que apenas precisaba dormir. Decía que con cuatro horas le bastaba y, después del almuerzo, daba una cabezada en la misma silla de enea en la que había comido.

—¿De dónde has sacado esa sandía? —me preguntó con gran sosiego, que era como hablaba siempre—. No se me hace a mí que en nuestro huerto haya madurado ninguna de ellas, ni pienso que de ser así tu madre te haya consentido el comértela tú solo.

Bien sabía tío Zaverio de dónde procedía aquel fruto, pero se expresaba así porque gustaba de adoctrinarnos para que reflexionáramos sobre el alcance de nuestros actos. A continuación me hizo ver que hacía mal tentando de comerme una sandía recién arrancada de la planta pues, al estar caliente, podía hacerme daño a las tripas. Y concluyó:

—Y más aún a tu alma, si la has cogido de donde no debes. ¿Es así?

Cuando le confesé mi culpa me dijo que tenía que ir a devolvérsela a su dueño, y pedirle perdón, y que luego volviera para recibir el castigo merecido.

—¿No es suficiente que la deje donde la he encontrado? —le supliqué avergonzado de tener que confesar mi culpa ante los vecinos.

—Mejor será que se la devuelvas a su dueño, no vaya a ser que otro tenga la misma tentación que tú, y el hombre se quede sin su sandía.

Así discurría tío Zaverio, con un sentido de la justicia que tanto he echado luego de menos por el mundo adelante. En aquella comunidad agrícola de Sotto il Monte, sin cercas ni vallados, en la que todos teníamos muy poco, era muy importante respetar la propiedad de ese poco.

Cuando volví de devolver la sandía, me hizo poner las palmas de las manos y me golpeó sobre ellas, con mediana severidad, hasta saltárseme las lágrimas. Entonces me consoló:

—No vuelvas a hacerlo, pero tampoco te preocupes demasiado. San Agustín, con ser tan gran santo, también se dedicó de chico a robar peras.

Y comenzó a contarme cosas de aquel santo con mucho amor. Yo le escuchaba embelesado.

Este incidente no lo he olvidado nunca, quizá porque siempre he tenido una gran afición a la fruta, y en más de una ocasión me ha tocado acusarme de gula, por haberla comido en exceso. Sobre todo en los veranos, cuando ya sacerdote volvía a Sotto il Monte, con los frutales en sazón, y vergüenza me da confesar que en cierta ocasión, siendo ya prelado de Su Santidad, enfermé por un atracón de higos. Mi obispo, Tedeschi, que conocía esta debilidad mía, bromeaba: «Para ti, Angelo, cualquier fruta sigue siendo el fruto prohibido.»

También consiguió tío Zaverio que cobrara gran afición a san Agustín y, cuando ya mayor, vine a saber las tropelías que había perpetrado en su juventud, de amores prohibidos e hijos ilegítimos, le admiré aún más, ya que, para llegar a ser tan gran santo, tuvo que vencer graves tentaciones, mientras que yo me había encontrado en el camino del Señor, sin esfuerzo alguno por mi parte, y con la vara de tío Zaverio para reconducirme cuando me desmandaba. Pensaba que San Agustín había amado mucho, porque mucho se le había perdonado, mientras que como yo había tenido poca necesidad de perdón, mi amor siempre había sido cosa de poco, que Dios no me lo tenga en cuenta.

Si de tío Zaverio aprendí las verdades del Evangelio, en el que estaba tan versado, de mis padres aprendí la práctica de esas verdades, sobre todo en lo que atañe al prójimo necesitado. Con los años he aprendido en los libros lo que no me podían enseñar mis padres, pero de poco me habría servido esa ciencia, si no se hubiera sustentado en lo que aprendí en Sotto il Monte, que lo sigo teniendo por lo más precioso.

Habitábamos en una casa que construyera un Martín Roncalli que vino de Valle Imagna, pueblo situado al noroeste del nuestro, allá por el siglo XV. La casa era muy grande, y por eso la llamaban «el palacio», aunque por dentro era muy humilde, y compartíamos la planta baja con el ganado.